

MÁS ALLÁ DE LOS VIAJEROS ROMÁNTICOS. REFERENCIAS AL ESTRECHO DE GIBRALTAR EN ALGUNOS ESCRITORES ANGLOSAJONES DEL SIGLO XX

Juan José Téllez Rubio / Instituto de Estudios Campogibraltares

Hace años, el escritor extremeño Santiago Polo, afincado en Algeciras donde imparte clases, me refería la existencia de una carta escrita por Gregory Corso –celebrado autor de *Gasolina*–, en la que comparaba el ambiente de esta ciudad campogibraltaresa, en el umbral de los años sesenta del siglo XX, con el que había percibido durante un anterior viaje a Panamá. Burroughs refería, al parecer, que en ambos lugares existían contumaces dictaduras pero que, en la vieja Isla Verde, había percibido que la gente era alegre a pesar de la tiranía.

Esa referencia ocasional me puso sobre la pista de la existencia de otros testimonios recientes sobre la realidad o el paisaje del Estrecho, en la obra de escritores de muy diversa hechura y nacionalidad que, sin embargo, pasan por ser piezas desconocidas para buena parte de los lectores de este entorno. Más allá de la peripecia dieciochesca y decimonónica –desde el marqués de Custine recreado por José Luis Cano a Richard Ford–, la presencia del Campo de Gibraltar en la literatura más reciente, no se reduce a los viajeros románticos. Algunos ensayos, desde la antología poética recopilada en su día por José Riquelme Sánchez¹ a la recopilación de textos en prosa, aparecida bajo el título de *El renacer de Algeciras*, de Martín Bueno,² nos han permitido reconocer este territorio en nombres mucho más recientes, cuyo rastro lleva desde Rubén Darío a Pío Baroja.

¹ José Riquelme Sánchez. *El Campo de Gibraltar, en la poesía española*. Ed. Caja de Ahorros de Jerez. 1985.

² Martín Bueno Lozano. *El renacer de Algeciras (a través de los viajeros)*. Ed. El Castillo de Jimena. 1988.

EL ESTRECHO, EN ESPAÑOL

Pero, incluso en este aspecto, queda mucho por hacer: desde el libro de poemas *Sitio de Tarifa* escrito por el narrador leonés José María Merino, a los poemas de Jesús Castañón Díaz, un escritor palentino nacido en 1928, que apareció en el Campo de Gibraltar en los años 60, después de ganar su cátedra de Instituto:

Durante su estancia en Algeciras –afirma Mari Angeles Rodríguez Arango³ escribe los borradores de dos libros: *Rueda del girasol* –editado en la colección Rocamador en 1964– y *Piruetas blancas* –que aparecerá en 1967–. *Rueda del girasol* refleja las experiencias de soledad sufridas durante el curso 1963-1964 en Algeciras. No faltan las alusiones al contrabando, a la indiferencia y a la sensación de inseguridad y alejamiento en medio de la calle rodeado de extraños. Son momentos de añoranza. Gran parte de los borradores fueron escritos por el autor durante una excursión a Ronda, cuyo paisaje cortado a pico le habla impresionado tanto que le hizo sentirse ingrátido, en el aire, lejos del trajín de la ciudad y del comercio.

Dividido en tres partes, ese libro aborda desde definiciones autobiográficas a una visión entristecida de la ciudad que le acoge. Bajo el título de *Piruetas blancas*, Castañón también escribe en Algeciras una serie de versos, inspirados en "el recuerdo de la hija que se quedaba en Palencia, jugando feliz, mientras él se ausentaba".

"Desde la playa del Rinconcillo o la cafetería del Paseo de la Marina, donde pasa las tardes escribiendo y también soñando frente al mar, la imagina con sus mimos, juegos y parloteos", escribe Mari Angeles Rodríguez Arango, quien asegura que "el propio autor ha definido este libro como una mirada de amor paterno y un canto al balbuciente silencio de la niña". De hecho, incorpora una serie de nanas y una canción compuesta por Andrés Moro, que llegó a estrenarse, en la voz de Tina Velo, en el Instituto Jorge Manrique, de Palencia, en 1969.

Desde la novela *Campo de Gibraltar*, de Gregorio Gallego, editada por Anthropos, en torno a los campos de presos de posguerra en uno de los cuales purgó su heteroxia Leopoldo de Luis, a las obras que toman recientemente el pulso de la inmigración en este confín, nuevos títulos españoles están apareciendo en torno a este territorio. De hecho, es uno de los espacios elegidos por el flamante académico de la Lengua, el otrora reportero y corresponsal de guerra Arturo Pérez Reverte, para emplazar algunas de las trepidantes aventuras que corren los personajes de sus dos últimas novelas, *La carta esférica* y *La reina del Sur*.

Si no había guerras, me decía pues me voy a Cádiz, a ver a la gente del SVA de la Guardia Civil o a los contrabandistas –afirmaba diez años atrás, durante la presentación de un anterior título, *La piel del tambor*–. Me sorprende que no se hayan hecho más novelas o más películas sobre el Estrecho. Me parece la parte más interesante literaria, históricamente, de Europa. Es una frontera apasionante. Siempre que volvía de una campaña de esas largas por ahí, me venía a Tarifa, a Cádiz, o a La Línea. En *La piel del tambor*, hay un par de menciones a Gibraltar.

Nunca le faltaban sensaciones ni anécdotas que transmitir al periodista, en torno a este mismo ámbito, según nos refirió a menudo a su amigo Oscar Lobato y a mí mismo:

Una vez estaba en el helicóptero del SVA, en la Bahía de Gibraltar, filmando a una planeadora contrabandista. Estuvimos dándole mucho la lata, bajábamos y un tipo con barba, fornido, nos amenazaba. Al día siguiente, estábamos filmando en Gibraltar, dentro, en el puerto, me vuelvo y veo al individuo aquel, con la barba, y me dice ¿tú eres el que estaba ayer con la cámara, en el helicóptero? ¿Yo?, esos son los hijos de puta del SVA que os filman para controlarlos.

³ Página web de poetas palentinos.

Pérez Reverte ya era consciente de vivir en un mundo donde "ya no hay héroes con mayúsculas, sino con minúsculas, las grandes causas se hicieron y se perdieron".

Hace un siglo, cuando al hijo de mi tatarabuelo, lo degollaban en Annual, moría de fiebre en la manigua o caía en la batalla de Bailén, tenía el consuelo mi tatarabuela que su hijo moría por la patria, que iba al cielo. Cuando le decían que su marido tenía dos amantes, mi abuela iba a confesarse y el cura le decía que ofreciera ese sacrificio a Jesucristo, mi abuela se consolaba con eso y decía que ella iría al cielo y mi abuelo al infierno, que se fastidie.

DE JEAN GENET A PAULO COELHO

La mitificación de Tánger y el hecho de que Algeciras sirviera como puente marítimo atrajo hasta estas lindes a numerosos autores europeos. En 1934, cuando apenas tenía 24 y oficiaba de mendigo, Jean Genet llegó a la provincia de Cádiz y en su novela *Diario de un ladrón*, el dramaturgo francés refiere dicha peripecia, que Jesús Fernández Palacios⁴ describe con estas palabras:

Cuando recorría estas tierras aún no había cumplido 24 años. Era un sagitario aventurero –como Lucky Luciano y Jimi Hendrix–, que conoció los reformatorios desde temprana edad, y llegaba a los pics del continente después de haber descendido a los infiernos. "El suelo te hará tropezar", como dice en un verso propio como síntesis del argumento de su vida.

Lo cierto es que Genet terminó en Gibraltar, pasando por Huelva, Jerez y Alicante:

La noche del peñón recorrido, habitado por soldados y cañones dormidos, la masa crótica me enloquecía. Permanecí en La Línea, que no es sino un inmenso burdel, y allí empecé el período de la lata de conserva. Todos los mendigos del mundo –los he visto igual en Europa central y en Francia– poseen una o varias latas (que contuvieron guisantes o fabadas), a las cuales hacen un asa con un alambre. Van por las carreteras y las vías del tren con esas latas colgadas al hombro. Tuve mi primera lata en La Línea.

En esa zona debió de permanecer varios días y "a veces –según cuenta– iba a Algeciras a pie, vagaba por el puerto y miraba a lo lejos, donde aparecía, en el horizonte, la ciudad célebre".

Genet –explica Jesús Fernández Palacios– se refería a Tánger, que tantas veces visitó después hasta su muerte. Esa muerte que nos dejó sobrecogidos pero no tanto, pues la verdad más verificable es que seguirá viviendo por su obra, que es como siempre lo hizo entre sus admiradores. Los pedigueños, los ladrones, las prostitutas, los homosexuales, los presidiarios y todos sus lectores tenemos la suerte de estar citados con Genet sobre las rocas bajo el sol del amanecer. Basta con desearlo.

Más recientemente, se sabe que Paulo Coelho escogió Tarifa como uno de los escenarios de *El Alquimista*, donde se detiene un joven pastor en su ruta hacia Marruecos. Pero apenas se conoce que la escritora Rose Macaulay visitó la ciudad a finales de los años cuarenta, mientras escribía su libro *The Fabled Shore* (1949), que tal vez pudiera traducirse penosamente como *La orilla fabulada* y que la describió como "apabullantemente morisca", tal como puede esperarse de un lugar al que puso nombre Tarif Ibn Malluk.

⁴ Jesús Fernández Palacios. "Jean Genet, mendigo en Cádiz", en *Diario de Cádiz*, jueves 11 de abril de 1996.

YEATS EN ALGECIRAS

Sin embargo, esta vez, me gustaría prestar atención al reflejo del Estrecho en la obra de otros escritores anglosajones, principiando por dos irlandeses. "At Algeciras. A Meditation Upon Death", o sea, "En Algeciras. Una meditación sobre la muerte", es el título de uno de los poemas del irlandés W. B. Yeats (1865-1939), incluido en su libro *From the winding stair and other poems* (*De la escalera de caracol y otros poemas*). Es el mismo escenario que su compatriota James Joyce elige para emplazar el célebre monólogo de Molly Bloom, que cierras las páginas del *Ulises*.

Marruecos a lo lejos, el mar como horizonte y las aves del Estrecho llenan ese puñado de versos de Yeats, que se basan en una seria dolencia, una congestión pulmonar, que sufrió durante un viaje español. Se repuso en el hotel Cristina de Algeciras, donde residió a caballo de 1927 y 1928, aunque la fecha sea difícil precisarla, ya que los archivos de dicho establecimiento resultaron afectados, al parecer, por un incendio que tampoco ha permitido conocer detalles, por ejemplo, sobre la estancia de Federico García Lorca en su registro. Quizá, en el caso de William Butler Yeats haya que rastrear en la Universidad del Estado de Nueva York, en Stony Brook, donde se encuentra microfilmada la colección de manuscritos de dicho escritor. En su archivo, se menciona un expediente bajo el epígrafe "*Subgroup I: papers relating to William Butler Yeats* (Subgrupo 1: Papeles relativos a William Butler Yeats), fechados entre 1925 y 1930. Entre su contenido, se menciona expresamente: "*Travels to Algeciras for health, staying at Hotel Reina Cristina, Nov. 1928*". Esto es, "viajes a Algeciras por motivos de salud, permaneciendo en el Hotel Reina Cristina, Noviembre 1928".

Acudamos a la traducción de Enrique Caracciolo Trejo:⁵

Pálidas aves del ganado con picos de garza
se alimentan de algún sucio parásito
de marroquíes rebaños y manadas
cruzan el Estrecho angosto para posarse
en la rica medianoche de árboles de jardín,
hasta que rompe el alba sobre esos mares mezclados.

De muchacho, a menudo, hacia el anochecer
llevaba a un amigo
—con la esperanza de que gozo más sustancial
una mente más vieja encomendara—
no como aquellas de la metáfora de Newton,
sino conchas reales de la llana costa de Rosses.

Mayor gloria en el sol,
un frío de crepúsculo en el aire,
hicieron que la imaginación fuera
en pos del Gran Inquisidor,
de lo que El puede preguntar; de lo que, si interrogado yo,
responder puedo con aplomo adecuado.

La frontera geográfica se convierte, en dicho texto, en un trasunto de la frontera real, la que media entre la vida y la muerte.

⁵ W. B. Yeats. *Antología bilingüe*. Introducción y traducción de Enrique Caracciolo Trejo. Alianza Editorial. Madrid, 1990.

Mientras el hotel Victoria de Ronda convirtió en leyenda la presencia de su huésped más ilustre, Rainer María Rilke, poco sabemos sobre el paso de Yeats por la Algeciras de los años veinte. Níá Godsmark arroja cierta luz sobre su presencia en la zona, tras haber vivido la guerra civil irlandesa en Dublín y ocupar de nuevo un escaño en el Senado:

Con la actividad de estos últimos años su salud empieza a resentirse, y para huir de la crudeza del clima nórdico pasa los inviernos en el Mediterráneo, a veces en compañía de su amigo Ezra Pound en Rapallo, a veces en la Riviera francesa. En 1927 visita Algeciras y Sevilla, y en 1935 Palma de Mallorca.

Precisamente, durante el invierno de 1927-1928, Yeats sufrió una seria enfermedad y su poema '*At Algeciras - a Meditation upon Death*' es una gráfica reflexión sobre esta experiencia.

A pesar de los pesares, Yeats siguió vivo otros diez años, falleciendo en Roquebrune, en enero de 1939 y sus restos mortales serían trasladados, en septiembre de 1948, hasta Irlanda, reposando en el cementerio de Drumcliff.

JAMES JOYCE, EN UN GIBRALTAR DESCONOCIDO

Su compatriota James Joyce, en cambio, jamás visitó la bahía de Algeciras, algunas de cuyas incumbencias refiere en su más célebre novela. Se supone que ocurrió un 16 de junio de 1904. Aquel día, el publicista Leopold Bloom, se había levantado malicando que iba a hacer calor. Y que era tal día, lo sabemos porque Milly había cumplido quince años el día anterior. Todo ello, sucedía en las páginas del *Ulises*, la novela de James Joyce,⁶ cuyos seguidores celebran, año tras año, el "Bloomsday", el día de Bloom, cada 16 de junio. Lecturas del *Ulises*, paseos por Dublín, chateos en internet, todo vale para recordar al autor irlandés y a su obra cumbre, cuyo tramo final transcurre en torno a Gibraltar, merced a la memoria de Molly Bloom, la esposa de Leopold, "la bien dotada hija del comandante Brian T. Tweedy, que desde muy temprana edad había evidenciado notable habilidad para el canto y había aparecido en público cuando sus años sumaban dieciséis apenas".

"Las alusiones a Gibraltar y a España en *Ulysses* son abundantísimas. Y esto es algo que, a pesar de que el nacimiento gibraltareño de Marion Tweedy queda establecido en el capítulo 4, en el momento en que Bloom entra en acción, no es en absoluto previsible para el lector que encare la obra por vez primera sin información previa", propone el pintor y escritor Rafael García Valdivia, que dedicó un amplio ensayo a esta obra, bajo el título de "Santa Marion Calpense", aparecido en uno de los primeros números de la revista *Almoraima*.

Los referentes yanitos se sitúan en la zona del centro viejo, de Governor Street, a la calle de las Siete Revueltas, Bedlam Court, Crutchett Ramp, Paradise Ramp o Willis Road, donde vivía "la población mestiza más propiamente gibraltareña" y, hacia el sur, desde la Alameda hacia Rosia, de Cumberland Road a Rodger s Steps, "zona de población mayoritariamente británica o de clase más acomodada, militares y funcionarios, los administradores de la colonia".

García Valdivia recuerda que Joyce nunca estuvo en Gibraltar y que la información que manejaba sobre el Peñón "tuvo que proceder evidentemente de fuentes diversas". Los libros de los viajeros románticos, por ejemplo, y otras obras como *The sieges of Gibraltar*, de John Drinkwater, o *History of African War*, de Arthur Conan Doyle, el padre de Sherlock:

Antes de partir de Irlanda en 1904, Joyce pudo conocer en Dublín a personas que hubieran estado en la Roca y que diesen detalles de su estancia en ella: marinos, funcionarios, militares y sus familias pudieron constituir esa fuente –añade–. Pero cuando está terminando la redacción de *Ulysses* es cuando parece presentársele la urgencia de acopiar datos sobre el personaje de Molly y sobre Gibraltar.

⁶ James Joyce, *Ulysses*. Traducción de J. Salas Subirat. Revisión y notas de E. Chamorro. Ed. Planeta, 1996.

Una tal familia Powell y los cotilleos de su tía Josephine darían forma final al personaje. "Villa Gibraltar" es el nombre de uno de los topónimos irlandeses que Joyce incorpora al universo cotidiano de James Joyce. Por *Ulises*, se mueven personajes como la señora Rubio, a la que Molly considera una "vieja poco servicial", como si lamentara siempre que estuviera "la Unión Jack ondeando sobre todos sus carabineros porque cuatro marinos ingleses borrachos le quitaron el Peñón", que es como sintetiza Molly Bloom el contencioso hispano-británico a partir del Tratado de Utrecht. A Molly Bloom, le divertirán los apellidos locales: Delapaz, Delagracia, el padre Vial Plana (en realidad, Villaplana), "y la señora Opisso en Governor's Street oh qué nombre yo iría y me tiraría al primer río que encontrara si tuviera un nombre como ése". Todos ellos, recogidos del Gibraltar Directory and Guide Book de la Roca, incluyendo el benedictino Villaplana, que era de la catedral de Santa María la Coronada, mientras que Catherine Opisso aparecía allí como modista.

Hay alusiones estrictamente históricas a regimientos establecidos en la Roca, a la visita al Peñón del general Ulises J. Grant en 1878, el nacimiento de Alfonso XIII. Si ahora se les llama "escorpiones" a los yanitos en su conjunto, Joyce atribuye dicho mote a los españoles nacidos en Gibraltar. Pero está al corriente de algunos chismes locales, como cuando identifica como genovés al viejo marinero Luigi, en la Bahía de los Catalanes: se cuenta que los ingleses llamaron equivocadamente Catalan Bay a la caleta, porque confundieron el gorro genovés de algunos pescadores que faenaban desde allí, con la tradicional barretina catalana.

Para el escritor y traductor gaditano José Manuel Benítez Ariza, que reflejó su fascinación por el personaje en su artículo "Memorias de una cantante gibraltareña", aparecido en la revista *Andana*, las andanzas de Molly Bloom—personaje que llevó a escena Magüi Mira—"son fácilmente constantables por parte del lector gaditano y andaluz. Siempre te queda el recurso de visitar Gibraltar y recorrer las mismas calles". Y ensaya algunas otras explicaciones sobre el trasfondo español del *Ulises*:

A los irlandeses siempre les ha obsesionado su relación con España, una especie de protectora fantasmal que algún día les libraría de la opresión inglesa. Hay una serie de recuerdos y referencias españolas en la cultura irlandesa que afloran en Joyce. En el *Ulises*, todo eso se concreta en los antecedentes de Molly que, como un buen número de irlandeses, presume de orígenes españoles, bastante dudosos.

No basta con creer que Joyce consultó varias guías para familiarizarse con la atmósfera local gibraltareña: "Es probable que él preguntara, que se lo dijera cualquier persona que estuviese en Gibraltar. Pero cualquiera creería que Joyce estuvo allí".

A lo largo del libro, se oyen los cañonazos que marcaban el cierre nocturno de las murallas de Gibraltar, o se rememora la torre O'Hara, que se construyó en la vertiente sur para observar los movimientos de la flota española en Cádiz, pero fue destruída por un rayo. En sus páginas, saltan industriales de la época, como los panaderos Mordekai y Samuel Benadi o los conciertos de las tropas de guarnición, en La Alameda. También existe una referencia a *The Gibraltar Chronicle*, el diario más antiguo del Peñón, al que se identifica sin embargo como semanario que aparecía los sábados. Su director actual, Dominique Scarle, le enmienda la plana: "Era diario. Cambió varias veces de periodicidad, pero en la época de Joyce era diario".

En Gibraltar—añade Scarle—se sabe que aparecen lugares de aquí en el *Ulises*, pero no hay mucha gente que lo haya leído. Claro que en círculos intelectuales, sí. Se podía hacer como en Dublín y hacer el itinerario gibraltareño del *Ulises*. Pasar por la Alameda, donde vivía Molly Bloom. Pasar por Garrison Library, donde robó el libro. Se sabe que Yeats estuvo en Algeciras y escribió un poema dedicado al Estrecho, pero queda claro que Joyce nunca vino a Gibraltar.

Allí, ahora, en Alameda Gardens, una escultura rinde memoria a Molly Bloom.

LA ALGECIRAS DE SOMERSET MAUGHAM

Este también es el territorio en el que transcurre la atmósfera sobrenatural de "Told in the Inn at Algeciras", un relato escrito por Somerset Maugham y del que ignoro si existe traducción al español, dado que se trata de una rareza que ha aparecido en revistas, pero de la que no me consta su inclusión en las colecciones de relatos suscritos por este inglés afincado en Francia. Su última versión en su idioma original, aparece incluida en el *Annual Macabre* de 1998, un anuario de la editorial Ash-Tree Press, bajo el cuidado de Jack Adrian, quien califica dicho relato como una pieza desaparecida, que ni siquiera aparece en su bibliografía convencional. Su protagonista, Robert Morrison, se enfrenta a un fenómeno horrible que –según ha dicho la crítica– primero le repele, después despierta su curiosidad y finalmente le desespera: "No hay nada especialmente original en el relato 'Told in the Inn at Algeciras'; la excelencia es total en la narración", afirman los promotores de dicha publicación.

Presumiblemente, fuera escrito en la misma época que "A man from Glasgow" (Un hombre de Glasgow), que forma parte de una serie de relatos españoles con frecuentes alusiones a Sevilla pero que, en ese texto concreto, recalca fundamentalmente en Algeciras, aunque no falten referencias a la capital hispalense, a Carmona, a Cádiz, a Mérida o a Bobadilla.

Jamás he asistido a nada tan excitante como aquello, pero la primera vez que fui a Algeciras viví una experiencia que me pareció que estaba lejos de lo normal. Algeciras era entonces una ciudad desordenada, descuidada. Llegué tarde, ya era de noche, y me dirigí a una posada que había en el muelle. Tenía un aspecto lastimoso pero se contemplaba una excelente perspectiva de Gibraltar, sólida e impersonal, al otro lado de la Bahía. Había luna llena. La recepción quedaba en el primer piso, y una lacónica criada, cuando pregunté por una habitación, me llevó escaleras arriba. El patrón estaba jugando a las cartas. Parecía un poco fastidiado de verme. Me miró de arriba abajo, de forma seca me dio un número, y entonces, sin querer tener nuevas noticias de mi, volvió a su juego.

Cuando la criada me mostró mi habitación, le pregunté que podría comer. –Lo que usted quiera, –repuso ella–. ¿Qué puede ponerme sin salir de casa? –Usted puede tomar huevos con jamón.

El hecho de que el hotel hubiera cerrado me permitió adivinar que poco más podría conseguir. La criada me condujo a una habitación estrecha con paredes encaladas y techo bajo en la que había una mesa larga, preparada para el desayuno del día siguiente. De espaldas a la puerta se sentaba un hombre alto, acurrucado sobre un brasero, el cuenco redondo de brasas y cenizas calientes que se supone erróneamente que da suficiente calor para la temperatura del invierno en Andalucía.⁷

ESPÍAS EN EL ESTRECHO

Algunos de los escritores norteamericanos más interesantes del siglo XX, descubrieron en el Estrecho un extraño paraíso perdido. Así, desde Paul Bowles a Truman Capote, quien en 1950 escribe un curioso relato titulado "Un viaje por España", en el que relata un asalto al ferrocarril entre Granada y Algeciras, por una partida de lo que él llamaba bandidos y que debieron ser guerrilleros antifranquistas, o maquis, como a ellos nunca les gustó llamarse. Truman Capote cruzó, ese mismo año, desde Algeciras a Tánger y se alojó en el Hotel Minzah, en cuya nómina de clientes también figuran nombres como los de Cecil Beaton o Ian Fleming, el exespía inglés que creó a James Bond, el agente 007.

Es cierto que el espionaje británico, desde Daniel Defoe, ha dado mejores escritores que agentes secretos. Uno y otro oficio parecían unidos, como fue el caso de Desmond Bristow, un funcionario del MI6, que recogió en *Juego de topas*, su peripecia

⁷ W. S. Maugham. "A man of Glasgow", incluido en *Collected Short Stories. Volume One*. Ed. A Mandarin Paperback. Londres, 1991. En relato original, la palabra "brasero" aparece en español.

en el Campo de Gibraltar, a la búsqueda de dobles agentes, fichados al fin entre los contrabandistas españoles de los alrededores. Fallecido en el año 2000, en su caserón de La Axarquía malagueña, su libro recoge la atmósfera que reinaba en la zona a comienzos de los años 40, sobre los rescoldos de la guerra civil. Ya, por aquel entonces, funcionaban algunas redes aliadas, como la que iba a encargarse de evacuar a los aliados que huían de los tentáculos nazis, a través de los Pirineos:

Había agentes que pasaban los Pirineos y terminaban en Miranda del Ebro, durante un cierto tiempo –declaró a este periódico–. Allí, hubo un campo de concentración bastante grande. En general, los cogían, pero si escapaban por otro lado y llegaban al consulado británico en Barcelona, el agregado arreglaba para llevarlos a Lisboa. Algunos llegaban a Madrid, pero pocos... En fin, la mayoría se encontraban en Miranda, por una razón u otra, detenidos por la Guardia Civil. Desde Gibraltar se enviaban camiones de comida, vestuario, cosas así, para ayudar al bienestar de los prisioneros. Eso pasaba cada tres meses. El régimen de Franco se portaba bastante bien con ingleses y canadienses. Todavía no salían americanos. Franceses, menos, porque los franceses no se evadían de su país. Evasiones francesas, hubo pocas. Se hacían más bien por un barco de pesca que teníamos, que se llamaba *Tirana*, y que iba pilotado por un comandante de la marina mercante que, hasta entonces, había hecho habitualmente la línea entre Liverpool y Belfast. Al barco, se le disfrazaba como pesquero portugués e iba desde Marsella a Gibraltar.⁸

Hijo de un inglés que era ingeniero de minas, Bristow creció en Huelva, donde su padre trabajó en los yacimientos de Santa Rosa y de Sotiel Coronada. De ahí y de las clases que recibiera del nonagenario poeta José Antonio Muñoz Rojas, proviene ese excelente español que desgrana a lo largo de la charla. Un idioma que le sirvió lo suyo cuando en 1942 fue destinado a Gibraltar para organizar el servicio de contraespionaje británico en el Peñón, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial.

En primera persona, Bristow conoció de cerca a algunos de los espías más legendarios del siglo XX. Más allá de los sombrajos que protegen de la solina, al otro lado de la espadaña de la antigua capilla del colegio que reconvirtió en vivienda, Bristow ocupaba una amplia pieza adornada con palas de remo y recuerdos de sus cacerías por los montes de Toledo. También, dispersa, queda allí una biblioteca de libros en español y en inglés, donde el lector avisado tal vez rastree la memoria de este tipo cuyo porte gris más bien recuerda al George Smiley de John Le Carré que al James Bond de Ian Fleming: "Le Carré trabajó dos años en Hamburgo, para el servicio. De ahí, cogió todo para empezar a escribir. Ojalá hubiera existido 007, por otra parte".

Le entrevisté en varias ocasiones. La última, un mes antes de su vertiginosa muerte. Al final de su vida, los recuerdos de Bristow exploraban añejas historias de buques enemigos, como el *Oterra*, que acechaba en la bahía de Algeciras, mensajes codificados y episodios relativos, principalmente, a aquellos cinco años de miedo y de muerte a escala mundial, entre 1940 y 1945. Uno de aquellos fugitivos eventuales, a través de las fronteras de la neutral España, fue Juan Pujol, aquel "Garbo" que distrajo a los alemanes para que fuera posible el desembarco aliado en Normandía y cuyo reclutamiento por el servicio secreto británico supervisó el propio Desmond Bristow, a las órdenes de otro espía legendario, Harold "Kim" Philby, al frente de la llamada Sección Ibérica del contraespionaje británico.

Garbo, primeramente, se había presentado en la Embajada británica en Madrid, según la memoria de Desmond Bristow, "se ofreció como doble agente y no pasó nada". Desde Lisboa, Juan Pujol informó al servicio de espionaje alemán sobre supuestos movimientos de tropas aliadas, en mensajes que escribía con tinta indeleble en las páginas de un libro. Pero los británicos los interceptaron y supieron que eran informaciones falsas que enviaba a su control nazi en Madrid:

Inventó que había un convoy que salía del norte del País de Gales, mientras él estaba en Lisboa. Los alemanes se lo tragan. En Londres, como ya empezábamos a leer los códigos de los alemanes, comprobamos que había un señor que se llamaba Arabel, que era su nombre en clave para los alemanes, y que había hablado de ese hipotético convoy. El

⁸ Juan José Téllez Rubio. "Desmond Bristow, el último gran espía". Suplemento "El Semanal". Número 671. Del 3 al 9 de septiembre de 2000.

servicio de seguridad inglés mandó tres o cuatro agentes a rastrear todo, mientras él estaba aún en Lisboa. Por casualidad, se encontró con un ayudante agregado naval norteamericano que se llamaba Demarest, que fue quien avisó al agregado naval inglés de que este hombre era fiel a los aliados. Como teníamos nuestro agente principal en Lisboa, un tal Gene Risso que era de origen gibraltareño, él entrevistó a Garbo y se convenció de que era completamente favorable a nuestra causa.

Bristow lo iba a conocer muy pronto. Ocurrió en Londres, en el número 35 de la calle Crespigny, que utilizaba el MI-5, el servicio de espionaje. El se presentó con el nombre en clave de capitán Richards, a la hora de hablar con Juan Pujol, alias Arabel, alias Garbo. Le pareció un tipo relajado, según informó pronto a Kim Philby: "Juan Pujol era un hombre de corta estatura cuyos escasos cabellos negros dejaban ver una amplia frente. Sus ojos eran marrones y tenían una expresión ligeramente maliciosa".

Garbo se jubiló como espía, tras la Segunda Guerra, a pesar de que Bristow pensó en reactivarle para destapar a los durmientes soviéticos que había en Venezuela, pero le dijeron que no:

Le encontramos un puesto para la compañía Shell en Maracaibo, a fin de darle clases de español a los ignorantes ingleses que desconocían el idioma del país. Le habíamos dado, yo creo, quince mil libras, que era bastante en aquella época pero que no equivalía siquiera a todo el dinero que le habían mandado los alemanes, ¡en dólares!, por pago de su doble juego. Compró una tienda, una librería, en el pueblo, empezó a invertir en máquinas agrícolas... En aquella época, entró en la casa una chica que era mulata y él se enamoró perdidamente. Echó a su propia mujer, que mandó de vuelta a España. Le dio un Cadillac y ella regresó a Madrid, después de vender el coche en Lugo.

Pero antes de todo aquello y mientras estaba en Gibraltar, Desmond Bristow llegó a proponer el secuestro del almirante Wilhelm Canaris, máximo responsable del Abwehr, el servicio secreto alemán pero que finalmente se vería implicado en un célebre complot contra el propio Adolf Hitler.

Yes, I saw him. Lo vi. Yo ya sabía por los códigos que habíamos descifrado que Canaris estaba en la zona. Me informaron de Londres que estaría en el Hotel Cristina, tal día y tal otro. Yo envié un telegrama a Londres diciendo si ustedes quieren nosotros podemos secuestrar al señor Canaris de forma muy fácil y sin mucho peligro para nosotros.

Londres se negó, como ocurriría por esas mismas fechas cuando Kim Philby planeó lanzarle un par de granadas a su paso por un pueblo de Sevilla. Hay quien piensa que el Gobierno británico ya estaba al corriente del complot contra los excesos de Hitler en el que participó Canaris. Pero Bristow cree en otra opinión más sutil:

Ese no era el juego entre Alemania e Inglaterra. Es curioso. Había casi un código de honor no con los nazis sino en general con los alemanes. A los prisioneros franceses, los nazis los trataban muy mal. A los polacos, horriblemente. A los nuestros, muy bien. Sólo cuando intentábamos escapar o escapábamos, era diferente. Y los británicos siempre se estaban escapando de un campo u otro. Escaparse era casi la profesión de un prisionero de guerra. El hecho es que me denegaron lo del secuestro.

Así que Bristow se tuvo que limitar a organizar una excursión para ver de cerca al célebre enemigo e invitó para ello a su colega Brian Morrison, responsable gibraltareño del MI5, el servicio de espionaje: "Le dije 'vamos a Algeciras, mañana, a entrevistarnos con Canaris'. El se ríe y aceptó con un vale y un por qué no. Brian hablaba alemán muy bien. Entonces, invitamos a uno que se llamaba Donald Darling, del MI9, que había sido vicedeán en Barcelona y era muy amigo de un champañero catalán".

En un momento dado, le habían propuesto el puesto de representante catalán en Londres. Estaba muy catalanizado. Lo enviaron de Lisboa a Gibraltar, pero él no cruzaba a España, por miedo. Temía pasar la frontera, no fuera a ocurrirle algo. Yo tenía el uso de un coche de un señor que se llamaba Armando Francés, que era un Cadillac grande con matrícula de

Gibraltar. Brian invitó a Donald para que viniera con nosotros y viajó, en la parte de atrás, asustado todo el tiempo. Pasamos La Línea, uf. San Roque, uf, hasta que atravesamos todos los controles. Llegamos al Hotel Cristina y nos dirigimos a la terraza. Donald era un poco, a mi juicio, femenino. Le gustaban los sandwiches de tomate, los de pepino y todo eso. Así que pedimos té y unos sandwiches, Estábamos allí tranquilos y, entonces, después de media hora quizás, entra el señor Canarias con dos escoltas. Se sienta en la mesa de al lado. Yo le dije a Brian que el almirante estaba allí, pero seguimos hablando. Los señores de al lado estaban muy callados, aunque Canarias nos echaba un vistazo de vez en cuando. En un momento, pagué la cuenta. Brian se acercó a Donald y le susurró: ¿Sabes quien está ahí? -¿Qué es lo que estás diciendo?, exclamó el otro. Cálmate, le pedimos, pero cuando pases por la mesa salúdalo con amabilidad. Estaba nervioso, asustadísimo. Tuvimos que parar en la Venta Miraflores para darle un coñac doble.

Durante sus comienzos en el servicio secreto, Bristow estuvo a las órdenes de Harold "Kim" Philby, en la Sección Ibérica del contraespionaje británico. Pasa por ser el agente doble por excelencia, desde que en 1963, en el Líbano, desveló su condición de espía soviético. Uno de sus éxitos contra la Europa nazi pasó por ser la desarticulación de un complejo sistema de comunicaciones que los alemanes fijaron en el Estrecho. A aquel asunto se le conoce como Operación Bodden, pero Bristow siempre sostuvo que Philby nunca llegó a estar en Gibraltar.

El éxito de aquella operación se le atribuyó, pero no era cosa suya, sino de la red Ultra, el amplio equipo dedicado a descodificar los mensajes alemanes que interceptábamos. Los nazis preparaban algo en el Estrecho y, es más, habían establecido una instalación en Punta Carnero, entre Algeciras y Tarifa, para controlar los buques de guerra o de la marina mercante que pasaban por el Estrecho. Lo sabíamos todo antes de que yo saliera de Londres, a finales de mayo del 42. Se le atribuyó a Philby, pero lo cierto es que no se le hubiera debido atribuir a nadie, porque salió de la descodificación de mensajes.

Claro está que Phillip Knightley, el biógrafo de Philby, le otorga al menos el mérito de haberse dado cuenta de que Bodden es el nombre del Estrecho que separa a la isla de Rugen del norte de Alemania: "¿Estaría relacionado Bodden con otra franja de agua navegable, el estrecho de Gibraltar?", fue la pregunta clave de aquel enigma.

Ambos simpatizaban, a pesar de que mantuviesen diferencias ideológicas, sin que Bristow llegara a adivinar nunca que Philby ejerciera como agente doble al servicio del KGB: "Nos hicimos muy amigos. Yo le llevaba a su casa en mi moto. Entonces trabajábamos de ocho de la mañana a once de la noche. A él le gustaba el whisky y parábamos en un pub en St. Alban's. Cuando ya no quedaba whisky escocés, no había problema, siempre quedaba whisky irlandés".

Pero lo que es claro es que el servicio británico tampoco sospechaba nada, a pesar de que algunos vinculaban a Philby con la Sociedad Socialista y el Grupo Los Apóstoles, en Cambridge, la Universidad en donde también había estudiado Bristow:

Philby nunca estuvo en Los Apóstoles, no era lo suficientemente inteligente para ello. Al menos, desde el punto de vista académico. En aquella época, casi no había razón para sospechar de esta gente. ¿Por qué? Es que en Inglaterra estaban pasando muchos acontecimientos, había una huelga de mineros y transcurrían años bastante amargos. Nadie sospechaba de Anthony Blunt y mira lo que pasó con él. Director de una galería, asesor de la Reina... Y también era espía soviético. Como Donald McLean, como Guy Burgess... Había una cosa que diferenciaba a Philby de los otros. Que los demás todos eran gays, maricas. Y Philby, no.

Burgess, que también trabajaba para el otro lado del telón de acero, se dejó caer por Gibraltar y por Tánger:

Le iban a transferir de la sección B del Foreign Office a la sección A, que era la que permitía iniciar la carrera diplomática y convertirse en embajador. Eso se paró por el reporte que enviamos a Londres y en el que informamos cómo se había portado en Gibraltar y, sobre todo, en Tánger. Era un informe bastante largo. Hubo un lío de cambios de dinero. En Tánger, se emborrachaba, empezaba a chillar por todos lados. En aquella época, ya había terminado la guerra y yo estaba en Madrid, al frente de la sección ibérica del MI6. Claro que Burgess no estuvo nunca directamente en el servicio, sino

a caballo entre el Foreign Office y el Servicio de Seguridad, no el nuestro. Un día, estuvimos un fin de semana en casa de la señora Philby. Kim tenía un coche pequeño y me llevó después a St. Alban's. En un momento dado, recuerdo que le pregunté quién es ese horrible tío que estaba allí, que se llama Burgess. Philby se limitó a decir que era alguien a quien había conocido mucho tiempo atrás, que no era tan malo pero que estaba un poco loco. Punto. No me dijo nada más.

PAUL BOWLES, TURISTA EN TÁNGER

A un paso del consulado estadounidense y del español, Paul Bowles vivió el final de su vida, en Tánger, en el cuarto piso de un edificio de la calle de los enamorados. El inmueble ltesa, de paredes desconchadas, cuenta con un ascensor a punto de asfixiarse. El periodista llegó al santuario, por primera vez, en mayo del año 92, de la mano de José Luis Delgado Guitart y de su esposa Margaret, una espléndida escritora norteamericana que se sigue extrañando que le exigieran velo para entrar en las iglesias, cuando llegó por vez primera a la España de los años sesenta.

"Mi vida interesa más a los periodistas que la obra, porque es más fácil que discutir algo más complejo –bufaba Bowles, como en guardia–. Para discutir la obra, primero hay que leerla y la mayor parte de los periodistas que vienen no la han leído".

La pieza donde atendía a las visitas era una estación de tránsito. Antes que el periodista, un realizador alemán le citaba en el café de Haffa para una nueva toma del programa que llevaban grabando desde hacía un mes. Después, cuando hubiera mudado su albornoz casi amarillo por un pantalón y camisa verdioscura, llegaría un profesor canadiense, posiblemente autista. Entre medias, se despedían dos muchachos que partían de viaje y llegaba Cherry, su joven amiga norteamericana que casó con Bachir, el príncipe de una kábila donde siguen tocando la flauta del dios Pan. Ella le llamaba Pablo: "Será porque yo le llamo Jerez –sonreía Bowles–. Jerez de la Frontera".

Creía, por entonces, más que escribir en ordenador o ni siquiera en máquina de escribir, la literatura necesitaba algo mucho más simple: "Lo que hay que saber es escribir, formar las letras del alfabeto". Así, le atrajo la idea de traducir al inglés relatos de narradores marroquíes, como Mohamed Mrabet –el autor de M'Haschís–, Choukri, Yacoubi, Charnadi y Bulaich:

Creía que sus cuentos eran demasiado interesantes para perderse. Si yo no los hubiera traducido, nadie lo iba a hacer. Incluso en Marruecos, a partir de entonces, se les tomó más en serio como escritores. Sabían hablar pero no escribir. Los que sabían escribir, siempre podían escribir sus ideas, como Chukri, pero los que no sabían hacerlo se iban a perder totalmente. Y por eso he traducido sus cuentos.

El escritor se llegaba a considerar como una "atracción turística" más de la ciudad de Tánger, sobre todo, para los viajeros norteamericanos. A su alrededor, Tánger había ido cambiando: "Yo vivo aquí desde hace más de sesenta años. Entonces, era una pequeña ciudad, de 60.000 habitantes. Nada es igual, todo es distinto. Hasta la gente es distinta. Están todos muertos los que estaban aquí en aquella época".

A pesar del tiempo transcurrido, aún se sentía ajeno a sus paisanos: "Ellos saben muy bien que soy extranjero. ¿Qué puedo ser si no soy extranjero? No soy marroquí, ni siquiera musulmán. Para ellos, soy un turista".

¿A pesar de llevar sesenta años aquí?, le inquirió el periodista. Y él contestó con sequedad: "Sí".

También tuvo domicilio en Ceilán. A su casa le llamó Taboprane y reinaba sobre una colina poblada de palmeras: "La he vendido, aunque nunca recibí un céntimo. El Gobierno ha tomado todo el dinero".

Creía, eso sí, que las dos orillas del Estrecho conforman un mismo paisaje a pesar de las diferentes culturas que se asientan a su vera: "¿Gibraltar? Gibraltar es un accidente de la historia".

"A España, hace mucho que no voy. La última vez que fui a España fue en el año 73", afirma en relación a la terrible muerte malagueña de su esposa Jane. Una hemorragia cerebral medio cegó y enloqueció a Jane, que murió en un hospital de Málaga y cuya tumba despertó bien hace poco una seria polémica por el estado de conservación del cementerio inglés. Bowles recordaba, al dedillo, sus estancias en Algeciras o en Tarifa. O la ciudad de Málaga, "donde las calles oían siempre a pescado". En la Granada de los años 30, conoció al músico gaditano Manuel de Falla, con el que entonces podía entenderse en francés porque su español aún no era fluido: "Creo que era muy religioso", rememoraba en aquella primera conversación tangerina.

Un marino español protagoniza su relato *The fourth day out of Santa Cruz* (*El cuarto día fuera de Santa Cruz*) y Antequera fue el escenario de *The hours after noon* (*Después del mediodía*). Tampoco abundan los escritores españoles que acuden a verle a su domicilio tangerino. Salvo Juan Goytisolo, claro está. El último título español que leyó llevaba un raro aroma de posguerra: "He leído una novela de Carmen Laforet, hace mucho tiempo. Se titulaba *Nada*".

Durante la Guerra del Golfo de 1991, Bowles permaneció en Tánger. No le molestaron: "Los marroquíes son muy tolerantes para ser musulmanes –dice–. Además, tienen la costumbre de los turistas y saben que su prosperidad depende de los turistas, de los nazarenos, como les llaman. No pueden castigarlos demasiado".

No nos tienen odio, nos desprecian por no ser musulmanes, pero no nos odian –añade–. Por eso, no ha pasado nada aquí durante la guerra. Sabían también que su rey había mandado tres mil soldados a luchar contra Sadam, cuando sus simpatías estaban con Sadam. Había una dicotomía. Aquí quemaron unas banderas americanas y francesas, en público, con gritos. Nada más. No atacaron a nadie. No hubiera tenido razón de ser atacar a europeos aquí.

Paul Bowles murió allí, en 1999, cuando estaba a punto de cumplir noventa años. Había descrito a Tánger como una ciudad de ensueño,

llena de calles como pasillos con puertas que se abren a habitaciones en cada lado, terrazas escondidas en lo alto y con vistas al mar, calles que sólo consisten en escalones, rincones oscuros, plazas pequeñas construidas sobre terrenos en cuesta, así que parecen escenarios de ballet diseñados en falsa escuadra... sin que falte el clásico ensueño de túneles, rampas, ruinas, celdas y acantilados.

Allí, había sido el anfitrión tangerino de la generación perdida o de la generación "beat", a donde peregrinaban desde Truman Capote a Allen Ginsberg, desde William Burroughs a Gregory Corso, desde Tennessee Williams a Jack Kerouac o, en una ficción imposible, al reportero de *Rolling Stone* que John Travolta interpretaba en la película *Perfect*. Desde muy joven descubrió en Marruecos que el desierto nunca es tan bello como en la penumbra del alba o del crepúsculo: "Si dijera que Tánger me impresionó como una ciudad de sueño, lo diría en el sentido estricto", afirmó al relatar su apasionamiento, para lo bueno y para lo malo, con la ciudad marroquí donde se autoexilió.

Yo no elegí vivir en Tánger de forma permanente –escribió Bowles– fue una casualidad. Tenía la intención de que mi visita fuera breve; después me iría a otro sitio y seguiría de un lado a otro indefinidamente. Me hice perezoso y demoré la partida. Y luego, un día advertí extrañado que no sólo había mucha más gente en el mundo que muy poco tiempo antes, sino que además los hoteles no eran tan buenos, ni los viajes tan cómodos, y que los lugares en general eran mucho menos bellos. A partir de entonces siempre que iba a algún otro sitio, deseaba inmediatamente volver a Tánger. Así que si ahora estoy aquí es solamente porque estaba aquí cuando comprendí hasta qué punto había empeorado el mundo y que ya no deseaba viajar.

Antes de su muerte, a Paul, volví a verle en otras dos ocasiones. La última, hace cuatro años, cuando le llevé un plato de galletas y pastelitos de parte de la esposa del cónsul español, Pablo Bravo, que era quien le llevaba los asuntos burocráticos desde que echaron el cerrojazo al consulado norteamericano. Volvía a ser mediodía y me recibió tendido en su cama, con aspecto

de haber pasado una mala noche. Yo llevaba encima una cámara y un magnetofón, pero no quise entonces ponerlos en marcha, para evitar traicionar su memoria.

Conversamos de nuevo, eso sí, sobre España, sobre literatura, sobre su memoria del Estrecho, sus paseos por Gibraltar y Algeciras, sus incursiones en Cádiz y su sabrosa afición por el pan de Pelayo: "No volví por allí desde que murió Jane", me susurró ese día.

En los últimos párrafos de *Whitout Stopping*, Paul Bowles hace alusión a que los marroquíes afirman que la plena participación en la vida exige la contemplación sistemática de la muerte. El siempre estuvo de acuerdo con dicha creencia, pero él tendía a verse desdentado, inmóvil, dependiendo por completo de alguien a quien pagar para cuidarlo "y que en cualquier momento puede salir de la habitación y no regresar nunca".

En *El cielo protector*, incluye un esclarecedor epigrama de Paul Valery: "Adiós –le dice el moribundo al espejo que sostiene delante de él–. No volveremos a vernos". Al principio, ese texto le parecía una fantasía profunda: "Ahora que ya no me veo como espectador sino como protagonista, me parece repugnante. Para que su breve despedida fuera correcta, el moribundo tendría que añadir tres palabras. Y tales palabras son: ¡A Dios gracias!".

La provincia gaditana y, en especial, las ciudades del estrecho de Gibraltar, aparecen ocasionalmente en la obra de Paul Bowles: la extraña pareja de *El cielo protector* con la que va topándose el protagonista, afirma que la conoció en el transbordador de Algeciras, sin ir más lejos.

La primera mención gaditana en textos de Paul Bowles se incluye en una carta dirigida a Bruce Morrisette, en el verano de 1934, desde el legendario Hotel Victoria de Ronda, en la que refiere sus vacaciones: "Primero el excelente viaje a la Saboya, luego de compras en Tánger y Fez, después Cádiz y Sevilla con una divertida vida nocturna hasta la madrugada".

O, meses más tarde, describe llamativamente lo que ha ido viendo en los meses anteriores, en un texto en el que se imprime en cursiva las frases que aparecen en español, en el texto original.

Estupendo S.A. (Société Anonyme), la Main Street de Gibraltar a la que te negaste a escribir está oscura, casi todos los hindúes se han ido a su casa. Pero aún funcionan las líneas de autobuses. Reina Cristina, con la Reina tachada (...) Cádiz con la sonrisa catedralicia. En calles demasiado brillantes, plazas demasiado ruidosas: el diario, el diario. Las mujeres son bonitas, yo te lo digo... Sevilla y sangre, cacheos a medianoche en las avenidas vacías, taxis a toda velocidad. Aire veraniego en el Alcázar. Adelfas a lo largo de los senderos. Caracoles secos en los tallos de cardo. ¿Quién ha gritado? Prueba este Tío Pepe 1847, gratis para todos. González Byass. Y los toros caían lentamente. ¡El aficionado está en la cárcel! ¡Olé!. ¿Y por qué vivir más?.

Adoró a García Lorca y frecuentó a Dalí, mientras su esposa Jane descubrió alborozada la excelente narrativa del malogrado narrador tangerino-español Angel Vázquez. España no le fue ajena pero le fue imposible reconocer a Rafael Alberti en una fotografía junto a Juan Ramón Jiménez, Federico y "Luisito" Cernuda. Su amigo Emilio Sanz de Soto le conoció al reprenderle por ello en la barra de un bar. Le gustaba el pan de Pelayo y el cine mudo que podía ver, al aire libre, en las noches de verano, junto al Rock Hotel de Gibraltar.⁹

⁹ El rastro campogibraltareño de Paul Bowles puede husmearse, al margen de sus relatos donde las alusiones a esta orilla son escasas, en sus memorias –existe una traducción de Angela Pérez, en Grijalbo, colección Espejos de Tinta, en 1990, bajo el título de *Memorias de un nómada*, interpretación libérrima del original inglés, en su correspondencia –una de cuyas recopilaciones, a cargo de Jeffrey Miller, apareció en la Biblioteca Breve de Seix Barral, en 1994, bajo el título de *En contacto. Cartas de Paul Bowles*–, en sus diarios –tengo una edición francesa de su *Journal tangérois (1987-1989)*, editada por Plon en 1989– o en las visiones de quienes le conocieron; por ejemplo, el libro *Paul Bowles, visto por sus amigos*, en edición de Gary Pulsifer, traucido por José Meléndez, para Alfaguara, en 1993.

EL TÁNGER DE LA GENERACIÓN BEAT

¿Qué retazos literarios del Estrecho guardarán los archivos de William Seward Burroughs, muerto de un infarto a sus 83 años de edad, en 1997, pocos meses después que su amigo Allen Ginsberg? Después de haber matado en su día, de un tiro, a su esposa Joan: exdetective, bisexual, drogadicto, corresponsal de Allen Ginsberg? Las agencias hablaban del rey del underground, autor de *Junkie*, *Jóvenes Salvajes* o *Queer*, de la siguiente forma: "Ex barman, detective privado, aficionado a las armas de fuego –mató a su mujer Joan–, Burroughs influenció el mundo del rock (de Bowie a Cobain) desde los años 70, al igual que a un cierto tipo de cine y pintura".

No sabemos cómo llegó Burroughs hasta Tánger, sólo como se fue de allí, ya que lo refiere al describir su drogodependencia, en un prefacio a su más célebre obra, *The naked lunch* –su traducción más frecuente al español es la de *El almuerzo desnudo*, aunque también se ha traducido en algunas ediciones como *El festín desnudo*–. Allí, refiere como encontró una vacuna, la apomorfina, "al final del trayecto de la droga".

Estaba viviendo en una habitación del barrio moro de Tánger. Hacía un año que no me bañaba ni me cambiaba de ropa, ni me la quitaba más que para meterme una aguja cada hora en aquella carne fibrosa, como madera gris, de la adicción terminal. Nunca limpié ni quité el polvo de la habitación. Las cajas de apollas vacías y la basura llegaban hasta el techo. Luz y agua cortadas mucho tiempo por falta de pago. No hacía absolutamente nada. Podía pasarme ocho horas mirándome la punta del zapato. Sólo me ponía en movimiento cuando se vaciaba el reloj de arena corporal de la droga. (...) Allí estaba, con mi último cheque en la mano, y me di cuenta de que era el último cheque. Tomé el primer avión a Londres.¹⁰

El primer avión. Así que, al menos en su retorno a casa, no pasó por Algeciras. ¿Cómo llegó? Habrá que rastrearlo en sus biografías. Presumiblemente, le acompañaba Jack Keouac, que fue quien le sugirió el título de su más famosa novela y que, posteriormente, se marchó a Francia, también ignoro cómo. Burroughs escribió *El almuerzo desnudo*, en 1959, en un hotel tangerino, El Muniria, que aún existe, a la vera de Tangier Inn. Uno y otro paradero se confunden en el imaginario literario y turístico de la ciudad. Al menos durante la primavera y el verano del 57, parece ser que Keouac y Ginsberg dormían en la habitación número 4 de Tangier Inn mientras que Burroughs escribía en la habitación número 9, junto al vestíbulo que ahora le sirve de sancta-sanctorum al encargado de este paradero. Fueron Kerouac y Allen Ginsberg, otro vocacional inquilino de Tánger, quienes intentaron ayudar a Burroughs a poner orden entre sus desordenados manuscritos para conformar aquella obra legendaria.

En su laberinto de símbolos, escasamente hay referencias topográficas, salvo la de *Interzone*, traducida al español como *Interzonas*, al menos en la apropiada versión de Martín Lendínez, y que responde a la denominación política de Tánger como *International Zone*, la Zona Internacional que convirtió a la ciudad, entre 1912 y 1955, en una república cosmopolita, hasta el punto de que le sirve de referencia para otras vivencias, en otras ciudades, en otros países, en otros momentos. Un sueño alucinado con algunas brevísimas referencias a la realidad: "Motel... Motel... Motel... roto arabesco de neón... soledad que gime a través del continente como sirenas de niebla sobre las quietas aguas aceitosas de ríos con mareas periódicas", garabateaba su heterónimo William Lee.

Novelista, Jake Arnott describe recientemente aquella ciudad libre de impuestos que atrajo a una comunidad de tenaces hombres de negocios, pero a lo que acompañó también "una atmósfera de permisividad moral", que permitió dibujar "un semimundo de escritores, artistas y, en general, vividores en la 'Interzona', como William S. Burroughs le bautizó".¹¹

¹⁰ William Burroughs. *El almuerzo desnudo*. Traducción de Martín Lendínez. Ed. Club Bruguera. Barcelona, 1980.

¹¹ Artículo publicado en *The Observer*, a 27 de mayo de 2001, y al que también corresponden las citas inmediatas.

"La mayoría de los visitantes son de paso –la describe Arnott en la actualidad–, brincando desde Algeciras en su camino hacia ciudades hermanas más respetables, Fez o Marrakesh, y una presa fácil para los chalanos nativos".

Todavía existe el Café Detroit, en la calle Riad Sultan, antiguamente conocido como "Las mil y una noches", una de las guaridas preferidas por algunos artistas y escritores beatniks, como Brion Gysin, que llegó a colaborar con Burroughs en algunas de sus aventuras literarias y libertinas en Tánger. Claro que, a decir de Arnott, también fue donde Brian Jones, de los Rolling Stones, puso a grabar música oriental a los Master Musicians of Jajouka. Pero se sabe que Burroughs prefería el Café Central, en el Zoco Chico, el Zouk Dahil, el zoco interior que ahora gobierna la mafia que transporta a los espaldas mojadas a través del Estrecho. Allí, el escritor, según recuerda Arnott, "se sentaba durante horas cuidando de un té a la menta", quizá porque tras la independencia de Marruecos se prohibió el consumo de alcohol en el interior de la Medina.

Otro de los santuarios tangerinos que aparece en memorias y artículos varios sobre la generación perdida y la generación beat es el "Dean's Bar", cuyo titular murió borracho en 1964, un garito frecuentado por el escritor Robin Maugham, autor de *The wrong people* que se inspiraba también en esta ciudad, el artista inglés Rupert Croft-Cooked y un amante de Francis Bacon, Peter Lacy, que había sido piloto de spitfires para la Royal Air Force. Claro que, de aquel tiempo, y según recuerda Arnott, al margen de la playa donde el dramaturgo Joe Orton buscaba aventuras homosexuales, hasta elevarlas a la categoría de mito, lo único que queda es el restaurante Guitta, "casi imposible de encontrar", afirma él: un caserón, con puerta falsa frente a la Gran Mezquita de Hassan II, para evitar la prohibición de vender alcohol junto al templo. El negocio, hasta hace poco, lo atendía una señora rodeada de gatos y revistas del corazón españolas, desde una mesa camilla. A primera vista, ella parecía un cruce entre Greta Garbo y Marlene Dietrich, en los tiempos en que ninguna de las dos se dejaba ya ver en público. Se llamaba Mercedes y el camarero, Mustafa, con un fez calado sobre una venerable calva, parecía aún mayor que ella.

Siguen existiendo escritores norteamericanos que buscan inspiración en Tánger. Es el caso de T. G. Gibbon, que pasa grandes temporadas en la ciudad, residiendo ocasionalmente en la Rue des Oranges, con algunos compatriotas o con el pintor marroquí Abdel-Aziz Boufrakech. *El proceso*, de Brion Gysin, se inspira precisamente en lo que los escritores norteamericanos del siglo XX referían sobre Tánger. ¿Qué contarán sobre la orilla española de ese mismo Estrecho, habitualmente despreciada como "la puerta trasera" de Europa, en el relato de numerosos viajeros que cruzaron por el puerto de Algeciras? Quizá, para encontrar pistas sobre sus impresiones españolas habrá que hacerse con ensayos que gozan de excelentes referencias, como es el caso de *The Dream at the End of the World: Paul Bowles and the Literary Renegades in Tangier*, de Michelle Green, al que cita Arnott en su artículo de referencia.

Ahora, decadente pero pícara, Tánger fue la ciudad que lo mismo acogía a millonarios como Malcom Forbess, que a mujeres ricas como Barbara Hutton, o bohemios de la talla de Gertrude Stein y Alice B. Toklas, que ya se dejaban caer por la ciudad en los años veinte. También, eso sí, fue uno de los paraderos preferidos por Tennessee Williams.

Desde una de las azoteas de Tánger, Kerouac soñaba con Florida y le disgustaba Tánger. Claro que, como también se ha dicho, a Kerouac y a excepción de México, sólo le gustaba Estados Unidos: ni siquiera le agradó París, a donde retornó tras su viaje tangerino. ¿A través de Algeciras, quizá? Otra pista que convendría seguir.

Allen Ginsberg, el más conocido poeta de la generación "beat" y que describió *Naked lunch* como "una novela inacabable que volverá loco a todo el mundo", murió a los 70 años de edad aquejado de cáncer de hígado. Su poema épico "Howl", publicado en 1956, fue usado como una bandera por los seguidores de la *beat generation*, incluyendo al grupo de poetas gaditanos que se reunió, en 1970, en torno a las tertulias y la revista *Marejada*. Otro de sus mitos, Carlos Edmundo de Ory, mantuvo una cordial relación con Ginsberg, quien llegó a invitarle a leer en Nueva York, en los años ochenta. En los textos de Ginsberg, existen alusiones a Marruecos, pero escasas referencias a España y no encontré ninguna sobre el sur de la Península, por lo que cabe pensar que sus viajes tangerinos transcurrieron también por vía aérea.

REGRESO A GIBRALTAR

Gibraltar sigue siendo un pretexto frecuente para la literatura, como demostró el polifacético escritor británico Paul Gallico, en su novela *Gibraltar, Scruffy, la última esperanza*,¹² cuya divertida trama se remonta a los tiempos de la Segunda Guerra Mundial y en ella baraja la conocida leyenda de que cuando los monos dejen de existir sobre el Peñón, también la bandera británica dejará de ondear sobre la Roca: una especie que, por otra parte, yo mismo he utilizado en un relato reciente.

Gallico, como Joyce, tampoco conoció el Gibraltar de la Segunda Guerra, tal y como confiesa en un conciso preámbulo a su novela:

Los viejos concedores de Gibraltar se entretendrán, sin duda, tratando de identificar a los personajes de este libro, relacionándolos con personas vivas que ellos han conocido. Debo apresurarme a comunicarles, a ellos y a todos los que tengan las mismas disposiciones, que ese pasatiempo sería una pérdida de energías, ya que durante la guerra nunca estuve a menos de mil millas de Gibraltar y, por tanto, mal podía basar mis personajes en personas residentes o destacadas allí durante aquella época.

Sólo –añade– hay un hecho demostrable en esta obra, por lo demás completamente imaginativa, y es que, el 25 de agosto de 1944, el primer ministro Winston Churchill ordenó que se enviase un cablegrama expresando su ansiedad sobre inquietantes rumores relativos al estado de los monos de Berbería en Gibraltar, a la par que el deseo de que no se permitiese que murieran. Y el 8 de septiembre del mismo año se expidieron nuevas instrucciones al objeto de que se realizasen toda clase de esfuerzos para restablecer el asentamiento de monos en número de veinticuatro y que este número se mantuviese en lo sucesivo.

Se cuenta que, años antes, en 1922, la escritora Rebecca West empezó a poner fin en Gibraltar a su relación sentimental con H. G. Wells, durante un viaje que les llevó finalmente a París: la gula del autor de *La máquina del tiempo*, *El hombre invisible* o *La guerra de los mundos* fue el motivo aparente de aquella ruptura, cuyos únicos testimonios literarios se reducen a reproches sobre su afición tanta a la buena o a la mala mesa.

Algunos de los 120 cantos de Ezra Pound contienen alusiones a Gibraltar, un lugar a donde acudió a menudo, desde su primer viaje por mar a Europa, allá por el verano de 1898. El periplo incluyó, entonces, las ciudades de París, Colonia, Nüremberg, Lucerna, Génova, Como, Florencia, Roma, Nápoles, Granada y Sevilla. Pero lo cierto es que Pound terminó volviendo a Gibraltar, a la grupa de un pollino. Volvió a Gibraltar, a 23 de marzo de 1908, a bordo del *Stavolion*, alojándose en el *Institute for Soldiers and Sailors*, para ocupar posteriormente una habitación en el *London Hotel*.

Mientras Pound lanzaba proclamas profascistas, que le valdrían su encarcelamiento posterior, un escritor y compositor británico llamado Anthony Burgess, cuya novela más conocida lleva el título de *La naranja mecánica* –*A Clockwork Orange*, adaptada al cine por Stanley Kubrick, a mediados de los setenta–, se alistaba en el Cuerpo Militar de Educación y recibía entrenamiento de infantería, siendo trasladado a Gibraltar, durante los días de la Segunda Guerra Mundial: "El escribió sobre los tiempos de la guerra en Gibraltar con pragmatismo y humor", afirma Reg Reynolds,¹³ en torno a esa peripecia vital y literaria.

Durante su estancia en el Peñón, se sabe que Burgess compuso una obertura titulada *Gibraltar*, reactivó la Gibraltar Musical Society y ejerció como crítico musical y cinematográfico para *The Gibraltar Chronicle*, cuyos medios técnicos le parecían rudimentarios pero que "gracias a su plantilla militarizada, cuenta con una producción superior al Daily Mirror". Se sabe que Burgess permaneció en el Peñón hasta 1946, que escribió versos para el suplemento *Poetry Gibraltar* que editaba *The Rock*

¹² Paul Gallico. *Gibraltar, Scruffy, la última esperanza*. Ed. Juventud. Barcelona, 1966.

¹³ Reynolds, Reg. *Gibraltar Connections*. Ed. Guide Line Promotions. 1999.

Magazine y que, incluso, llegó a obtener el premio poético del gobernador británico en la Roca. Le quedó tiempo, eso sí, para mantener un idilio con una cantante española llamada Conchita, que solía actuar en el Universal Café.

A Reynolds le sorprende que Ernest Hemingway jamás mencionara la palabra Gibraltar a lo largo de su obra literaria y se lo termina achacando, sin evidencias claro es, a que quizá no quiso incomodar a sus amigos españoles. Y todo ello a pesar de que "la primera vez que Hemingway vio España de cerca fue desde un barco, el buque de línea italiano Giuseppe Verdi, atracado en el pueblo de Gibraltar". Transcurría el año de 1919 y el jovencito Hemingway era uno más de los cientos de soldados norteamericanos que volvían a su país, después de haber participado en la Primera Guerra Mundial.

Volvió a esa zona en numerosas ocasiones, durante sus correrías españolas. Reynolds llega a citar, con sorpresa, un libro titulado *The Dangerous Summer (El Peligroso Verano)*, a través de cuyas páginas les sigue la pista a Antonio Ordóñez y Luis Miguel Dominguín.

Al finalizar la corrida¹⁴ acudimos al agradable alboroto entrecruzado del viejo Hotel María Cristina en Algeciras. Nos tomamos algún tiempo con Luis Miguel y Mary –afirmaba Hemingway en relación a su esposa– a fin de entender qué es lo que había dicho cuando nos brindó el toro: "Mary y Ernesto: dediqué la muerte de ese toro a nuestra amistad, que dure para siempre".

Reynolds cita también el testimonio de un gibraltareño que le dijo que había visto a Hemingway echando combustible a su automóvil, cerca de Watergardens, en Gibraltar, hacia 1954. Más allá de todo este cúmulo de datos y de indicios, queda mucho por leer y por oír. Canciones como "At the border", de All Stewart, relatan el paisaje que se veía desde el Gibraltar cerrado a cal y canto. O, en español, el "Haffa Café" de Luis Eduardo Aute, sobre el legendario cafetín tangerino desde donde se contempla la costa de Tarifa. Y nuevas visiones españolas del Estrecho pueden entrecerse, a partir de títulos como "Fronteras de arena", en el que Susana Fortes recrea un posible Tánger de 1935, a partir de las peripecias del periodista Philip Kerrigan, supuesto corresponsal del *London Times*, o relatos con referencias inmediatas al fenómeno de la inmigración, del tipo de "Ramito de hierbabuena", del melillense Gerardo Muñoz Lorente, o *Aguas de cristal, costas de ébano*, novela firmada por Adolfo Hernández Lafuente.

Por su parte, Alvaro Mutis quiere llevar a su personaje Maqroll hasta Gibraltar, a donde tuvo el honor de guiarle, en el curso de una rápida visita que también tocó puerto en La Línea de la Concepción, en 1998. Allí, donde Oliverio Gironde escribió un poema¹⁵ que lleva por título el mismo nombre que ese Peñón azulado, que no sólo supone un icono de la Bahía sino que sigue siendo la puerta del Mediterráneo:

El peñón enarca
su espinazo de tigre
que espera
dar un zarpazo
en el canal.

Agarradas a la única calle,
como a una amarra,
las casas hacen equilibrio
por no caerse al mar,
donde los malecones
arrullan entre sus brazos

¹⁴ En español, en el original.

¹⁵ Oliveiro Gironde. "Gibraltar". Poema incluido en el monográfico especial que la revista *Litoral* dedicó a "La poesía del mar". Números 231 y 232 de la colección.

a los buques de guerra
que tienen epidermis y letargos de cocodrilo.

Las caras idénticas
a esas esculturas
que los presidiarios tallan
en un carozo de aceituna,
los indios venden
marfiles de tibias de mamut,
sedas auténticas de Munich,
juegos de té,
que las señoras ocultan bajo sus faldas,
con objeto de abanicar su azoramiento
al cruzar la frontera.

Hartos de tierra firme
los marineros
se embarcan en los cafés,
hasta el mareo los zambulle
bajo las mesas,
o tocan a rebato
con las campanas de sus pantalones
para que las niñeras
acudan al agravar
sus nostalgias, de países lejanos,
con que las pipas inciensan
las veredas de la ciudad.

Claro que, durante los últimos años, aflora una vigorosa narrativa propia, en el Campo de Gibraltar, con una larga relación de autores, entre quienes figuran los malogrados Juan Luis Romero Peche y Antonio Holgado. O, muchos otros, en pleno proceso creativo. Como muestra: Manuel Jesús Ruíz Torres, José Villalba, Quico Fuertes, Miguel Guerrero, Ricardo Tejeiro, Angel Gómez Rivero, Luis Alberto del Castillo o José Reyes Fernández, que ha creado su Macondo particular en Guadarranque, bajo el nombre de Guimarán. Pero esa ya es otra historia.